

CREO EN DIOS

Así empieza el resumen de la fe del cristiano: CREO. Pronunciar esta palabra *con verdad* es la suerte más grande.

Tener fe es más importante que *vivir*. Mejor: La fe es nuestra vida.

Os invitamos, pues, a abrir estos apuntes con esta disposición: *CREO, SEÑOR*. Y... no quedaréis decepcionados: se hará más fuerte vuestra fe. Gozaréis con la Verdad. Cobrará sentido vuestra vida.

Porque LA FE

- es la **adhesión personal** del hombre entero a Dios que se revela. Por eso sólo Dios merece el homenaje de nuestra fe. No debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Creer es entregarse a la *Verdad* por la confianza que nos inspira la Persona que nos habla. Y... sólo Dios es la VERDAD.

- es un **don sobrenatural** de Dios, que hemos de pedir con humildad y acoger con gratitud. Nadie puede merecerla: es un don, un regalo. Pero sí pedirla: y Dios da siempre a quien pide con humildad.

- es **necesaria** para la salvación. Lo ha dicho Jesús: "*El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea se condenará*" (Mc. 16,16).

- es "un **gusto anticipado** del conocimiento que nos hará bienaventurados en la vida futura" (Santo Tomás).

Creer en Dios

- es un **acto humano**, consciente y libre, que corresponde a la dignidad la persona humana.

- es un **acto eclesial**. Es la fe de la Iglesia que precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes. "*Creemos todas aquellas cosas que se contienen en la Palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la Iglesia... para ser creídas como divinamente reveladas*" (Pablo VI).

LA FE DE LA IGLESIA, NUESTRA FE

CREO EN DIOS. EN UN SOLO DIOS.

Es la primera afirmación del creyente. Y la más fundamental. Esta fe marca su vida y la sostiene.

Y no creo en un Dios que yo me fabrico, a mi gusto o a mi medida. Creo en Dios tal como El mismo se me ha revelado.

Llegar a decir "*creo en Dios*" es un regalo de Dios. La fe es un DON, una gracia que jamás agradeceremos bastante.

SOLO HAY UN DIOS

Es un paso más. Dios es UNICO. No podría ser de otra manera. Así nos lo presenta la razón natural. Y así se nos ha revelado desde siempre: "*No tendrás otro Dios más que a Mí*". "*El Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al*

Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza."
"Volveos a Mí y seréis salvados, confines todos de la tierra, porque yo soy Dios y no existe ningún otro." No hay afirmación más constante en toda la Revelación. Jesús mismo dirá de Dios Padre que es el *"único Señor"*

Pero también llamamos a Jesús *"el Señor"*. Y llamamos al Espíritu Santo *"Señor dador de vida"*. Y no hay contradicción. Es el misterio de la Santísima Trinidad: un solo Dios en tres Personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El misterio central de nuestra fe.

El cristianismo es religión *monoteísta*, que acepta la existencia de un solo Dios. También la religión judía, la musulmana y otras son monoteístas. Hay en cambio religiones que aceptan la existencia de diversos dioses, más o menos relacionados entre sí, e incluso contrarios, enemigos.

DIOS ES FAMILIA

Nuestro Dios es único, pero no "solitario". Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. He aquí el misterio central de nuestra fe cristiana, que, si Dios no nos lo hubiera revelado, jamás habiéramos podido conocer: el misterio de la Santísima Trinidad.

En el Antiguo Testamento se le llama a Dios "padre" en el sentido de Creador, de padre del pueblo escogido, de padre de los pobres... Pero, cuando Jesús llama a Dios "Padre", lo hace con un sentido totalmente nuevo: es Padre en relación a su Hijo Único. Sólo el Hijo conoce realmente al Padre, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar. Y el mismo Jesús, antes de su muerte, anuncia que enviará desde el Padre el Espíritu Santo para que esté con sus discípulos y para conducirlos a la verdad plena.

UN SOLO DIOS EN TRES PERSONAS DISTINTAS

Las Personas divinas no se "reparten" la única divinidad, sino que cada una de ellas es enteramente Dios. Un solo Dios.

Pero son distintas entre sí. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son simplemente nombres que designan distintas modalidades del ser divino. Son realmente distintos entre sí por sus relaciones de origen: "El Padre es quien engendra, el Hijo quien es engendrado, y el Espíritu Santo es quien de ellos procede".

La distinción real de las Personas divinas entre sí reside únicamente en las relaciones que las refieren unas a otras.

Todo el actuar de Dios es obra común de las Tres divinas Personas. Y toda la vida cristiana es comunión con cada una de ellas, sin separarlas de ningún modo. El que da gloria al Padre lo hace por el Hijo en el Espíritu Santo; el que sigue a Cristo, lo hace porque el Padre lo atrae y el Espíritu lo mueve.

DIOS ES LA VERDAD

Dios es la Verdad misma. Sus palabras no pueden engañar. Por ello el hombre se puede entregar con toda confianza a la verdad y fidelidad de la palabra de Dios en todas las cosas. El comienzo del pecado y de la caída del hombre fue una mentira del tentador que indujo a dudar de la palabra de Dios, de su

benevolencia y de su fidelidad.

DIOS ES AMOR

Ese es el resumen de toda la revelación de Dios a su pueblo de Israel: ese amor se compara al amor de un padre y una madre a su hijo. Dios ama a su pueblo más que un esposo a su amada; un amor que vencerá incluso las peores infidelidades, y llegará hasta el don más precioso: "Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Único". Al decirnos San Juan: "Dios es Amor", ha ido más lejos: el ser mismo de Dios es Amor. Al enviarnos a su Hijo Único y al Espíritu de Amor, Dios nos ha revelado su secreto más íntimo: El mismo es una eterna comunicación de Amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en El.

TESTIMONIO:

LOS MÁRTIRES TESTIGOS EXCEPCIONALES DEL DIOS VIVO

Bartolomé Blanco Márquez es uno de los más jóvenes miembros del grupo de 498 mártires que el **Papa Benedicto XVI** beatificó el pasado domingo en el Vaticano.

Católico comprometido, este laico de casi 22 años de edad escribió a pocas horas de morir una conmovedora carta a **su novia Maruja**, que se cuenta como testimonio de su heroico martirio. *"Tu recuerdo me acompañará a la tumba y mientras haya un latido en mi corazón, éste palpitará en cariño hacia ti. Dios ha querido sublimar estos afectos terrenales, ennobleciéndolos cuando los amamos en Él. Por eso, aunque en mis últimos días Dios es mi lumbrera y mi anhelo, no impide que el recuerdo de la persona más querida me acompañe hasta la hora de la muerte"*, comienza la carta.

Su historia

Bartolomé nació en Pozoblanco el 25 de noviembre de 1914. Huérfano desde niño, fue criado por unos tíos y trabajaba de sillerero. Fue asiduo alumno del colegio salesiano de Pozoblanco y ayudó como catequista. A los 18 años de edad fue elegido **secretario de la Juventud Masculina de Acción Católica** en Pozoblanco.

En esta ciudad fue encarcelado el 18 de agosto de 1936, cuando estaba de permiso durante el servicio militar que prestaba en Cádiz. El 24 de septiembre fue trasladado a la cárcel de Jaén, donde coincidió con quince sacerdotes y otros laicos fervorosos. Ahí fue juzgado, condenado a muerte y **fusilado el 2 de octubre de 1936**.

Durante el juicio sumario, Bartolomé dejó constancia de su fe y profesó con entereza inquebrantable sus convicciones religiosas. Bartolomé no pidió que le cambiaran la pena capital impuesta y ante el tribunal comentó sin inmutarse que si seguía vivo **seguiría siendo un católico militante**.

Las cartas que escribió en la víspera de su muerte a sus familiares y su novia Maruja constituyen una prueba fehaciente de su fe.

*"Sea esta mi última voluntad: **perdón, perdón y perdón**; pero indulgencia, que quiero vaya acompañada de hacerles todo el bien posible. Así pues, os pido que me venguéis con la venganza del cristiano: devolviéndoles mucho bien a quienes han intentado hacerme mal"*, escribió a sus tías y primos.

El día de su ejecución dejó la celda con los pies descalzos, para parecerse más a Cristo. Besó sus esposas, sorprendiendo al guardia que se las puso. No aceptó ser fusilado de espaldas. *"Quien muere por Cristo, **debe hacerlo de frente y con el pecho descubierto**. ¡Viva Cristo Rey!"*, exclamó y cayó acribillado junto a una encina.

La carta a Maruja

Este es el texto completo de la conmovedora carta que Bartolomé escribió a su novia.

Prisión Provincial. Jaén, 1 de octubre de 1936.

Maruja del alma:

Tu recuerdo me acompañará a la tumba y mientras haya un latido en mi corazón, éste palpitará en cariño hacia ti. Dios ha querido sublimar estos afectos terrenales, ennobleciéndolos cuando los amamos en Él. Por eso, aunque en mis últimos días Dios es mi lumbrera y mi anhelo, no impide que el recuerdo de la persona más querida me acompañe hasta la hora de la muerte.

Estoy asistido por muchos sacerdotes que, cual bálsamo benéfico, van derramando los tesoros de la Gracia dentro de mi alma, fortificándola; miro la muerte de cara y en verdad te digo que ni me asusta ni la temo.

Mi sentencia en el tribunal de los hombres será mi mayor defensa ante el Tribunal de Dios; ellos, al querer denigrarme, me han ennoblecido; al querer sentenciarme, me han absuelto, y al intentar perderme, me han salvado. ¿Me entiendes? ¡Claro está! Puesto que al matarme me dan la verdadera vida y al condenarme por defender siempre los altos ideales de Religión, Patria y Familia, me abren de par en par las puertas de los cielos.

Mis restos serán inhumados en un nicho de este cementerio de Jaén; cuando me quedan pocas horas para el definitivo reposo, sólo quiero pedirte una cosa: que en recuerdo del amor que nos tuvimos, y que en este instante se acrecienta, atiendas como objetivo principal a la salvación de tu alma, porque de esa manera conseguiremos reunirnos en el cielo para toda la eternidad, donde nada nos separará.

¡Hasta entonces, pues, Maruja de mi alma! No olvides que desde el cielo te miro, y procura ser modelo de mujeres cristianas, pues al final de la partida, de nada sirven los bienes y goces terrenales, si no acertamos a salvar el alma.

Un pensamiento de reconocimiento para toda tu familia, y para ti todo mi amor sublimado en las horas de la muerte. No me olvides, Maruja mía, y que mi recuerdo te sirva siempre para tener presente que existe otra vida mejor, y que el conseguirla debe ser la máxima aspiración.

Sé fuerte y rehace tu vida, eres joven y buena, y tendrás la ayuda de Dios que yo imploraré desde su Reino. Hasta la eternidad, pues, donde continuaremos amándonos por los siglos de los siglos.